

JO NESBØ

EL DOCTOR PROCTOR
Y EL GRAN ROBO

Traducido del noruego por
Cristina Gómez-Baggethun

Ilustraciones de Per Dybvig

laGalera

Esta traducción ha sido publicada con la ayuda
económica de NORLA
www.norla.no

Primera edición: febrero de 2015
Título original noruego: *Doktor Proktor og det store
gullrøveriet.*

Maquetación: Adriana Martínez
Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2012 Jo Nesbø
© 2012 Per Dybvig por las ilustraciones
© 2015 Cristina Gómez Baggethun, por la traducción
© 2015 La Galera SAU por la edición
en lengua castellana
Publicado con el acuerdo de Salomonsson Agency

La Galera SAU Editorial
Josep Pla 95. 08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com
lagalera@lagaleraeditorial.com

Impreso en Liberdúplex
Ctra. BV2249, km 7,4
Pol. Ind. Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-26.678-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-4582-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará
sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que
pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las
personas que estén interesadas en ello.

CAPÍTULO I

UN ROBO ALGO MÁS MODESTO

Es una noche de lluvia en Oslo y la ciudad está silenciosa y dormida. ¿O no está tan dormida? Una gota de lluvia cae sobre el reloj de la torre del ayuntamiento y durante un buen rato se aferra a la punta de la manecilla larga, pero al final se suelta y se precipita veinte pisos hacia el suelo. Allí choca contra el asfalto con un suave «plas» y empieza a correr por las vías del tranvía junto con las demás gotas de lluvia. Si seguimos a esta gota en su ruta hacia las cloacas, oímos un leve ruido en el silencio. Un ruido que aumenta un poco en el momento en que la gota cae por la boca de la alcantarilla y se adentra en el sistema de cloacas de Oslo, donde la oscuridad es aún más densa. Acompañamos a la gota y empezamos a navegar por las aguas sucias y pestilentes que corren por las tuberías. Unas son pequeñas y estrechas, otras tan grandes que puedes ponerte de pie dentro, y se cruzan y entrecruzan muy por debajo del nivel del suelo de esta ciudad pequeña y modesta que es la capital de Noruega. Y a medida que este sistema intestinal nos sumerge en las entrañas de Oslo, el ruido va en aumento.

No es un ruido agradable. La verdad es que recuerda al dentista.

Recuerda al ruido del taladro abriéndose paso a través del esmalte de los dientes, de la carne y de los sensibles nervios, que a veces produce un sonido sordo y otras chilla, según lo que pille con su cabeza giratoria y dura como el diamante.

Pero tampoco es tan grave, al menos no es el sonido de la larguísima lengua silbante de una serpiente anaconda, ni el crujido que produce media tonelada de músculos constrictores al tensarse, ni el ensordecedor chasquido de una boca del tamaño de un flotador en el momento en que se cierra sobre su víctima. Si menciono esto es porque corren rumores de que hay una serpiente como esa por aquí abajo y porque, a la izquierda, se intuyen unos ojos amarillos y brillantes en la oscuridad. De modo que si ya te estás arrepintiendo de haberte apuntado, esta es tu oportunidad para largarte. Solo tienes que cerrar el libro con toda tranquilidad, salir de puntillas de la habitación o esconderte debajo del edredón y olvidarte de que alguna vez te hablaron de las cloacas de Oslo, del ruido de los taladros de los dentistas y de las serpientes que se alimentan de ratas de agua, de niños de tamaño medio y, a veces, de adultos pequeños, siempre que no tengan mucho pelo ni barba.

Así que adiós y buena suerte. Y cierra la puerta al salir.

Ea. Ya solo quedamos nosotros.

Continuamos adentrándonos por este río sucio que se dirige al oscuro corazón de la ciudad. Ahora el ruido se convierte en bramido y vemos una luz, aunque es obvio que no esta-

mos ni en el paraíso ni en el dentista del infierno, sino en un lugar completamente distinto.

Ante nosotros vemos una estridente máquina con un disco del que sale un brazo de acero. El brazo se mete por un agujero que obviamente ha taladrado en el techo de la tubería de la cloaca.

—*We are almost there, lads!* —exclama el mayor de los tres hombres que rodean la máquina e iluminan el agujero con sus linternas.

Los tres van vestidos igual: botas de cuero negro, vaqueros remangados, camisetas blancas y tirantes. El mayor lleva, además, un bombín en la cabeza. Aunque justo ahora se lo ha quitado para enjugarse el sudor, de modo que vemos que todos llevan la cabeza rapada y una letra tatuada en la frente sobre el ceño cejijunto.

Se oye un leve chasquido y de pronto el taladro empieza a chillar como un niño malcriado.

—*We are in* —exclama el que tiene una B tatuada en la frente, que a continuación gira un interruptor.

El ruido del taladro se desvanece poco a poco, el brazo de la grúa desciende y aparece la punta del taladro, que constituye todo un espectáculo: a la luz de las linternas, reluce como si fuera el mayor diamante del mundo. Seguramente se debe a que de hecho es el mayor diamante del mundo, que recientemente ha sido robado de una mina de diamantes en Sudáfrica.

El tipo que lleva una C tatuada en la frente coloca una escalera en el agujero y sube corriendo.

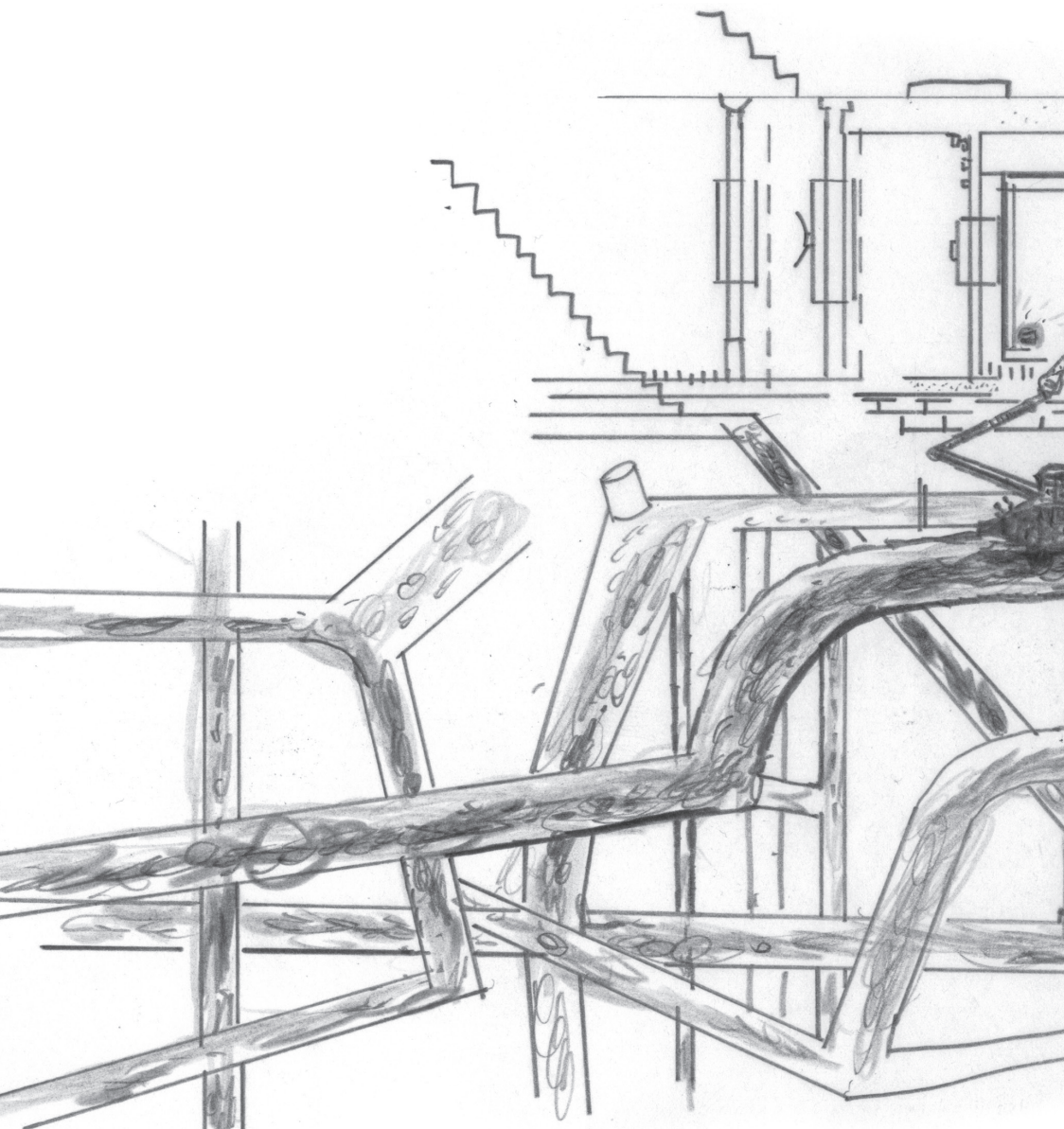
Los otros dos lo esperan mirando expectantes el boquete.

Durante cinco segundos el silencio es total.

—Charlie? —grita el del bombín.

El silencio dura otros tres segundos.

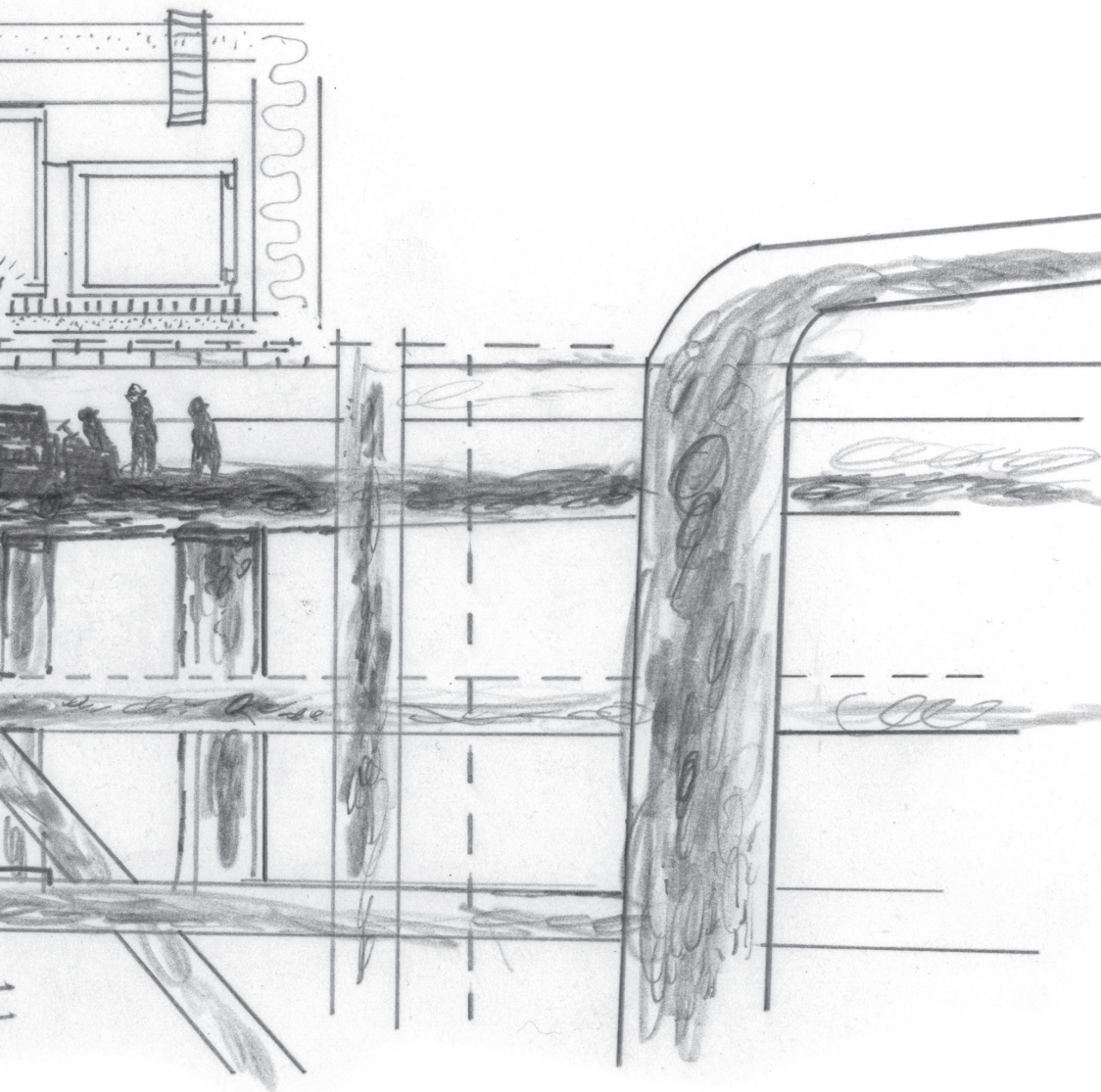
Pero por fin Charlie vuelve a aparecer. Le está costando mucho trabajo bajar algo que parece un ladrillo, solo que es dorado y pesa como el plomo. En el lado tiene grabado un texto: BANCO NACIONAL DE NORUEGA.



Y debajo, en letras algo más pequeñas, pone: LINGOTE DE ORO NÚMERO 101.

—*Help me, Betty* —dice Charlie, y el que tiene tatuada una B acude corriendo y coge el lingote de oro.

—*And the rest?* —pregunta el mayor soplándose el polvo del bombín. Este lleva una A tatuada en la frente, pero justo



ahora no se lee muy bien, porque tiene el ceño tan fruncido que se le arruga la letra.

—*That's all there is, Alfie.*

—*What?*

Como ya habréis notado los más versados en idiomas, los tres hablan inglés, pero si ahora hacemos como si nos hubiéramos tomado una de las pastillas multilingües del doctor Proctor, el resto de la conversación se escucharía así:

—Que solo había este, Alfie, que la caja fuerte está vacía.

—¿Este es todo el oro que tienen en este maldito banco nacional? —farfulla el mediano, que se llama Betty, y luego deja caer el lingote en el maletero de la máquina.

—Tranquilo, Betty —dice Alfie—. Que este tiene muy buena pinta. Oro puro de cabo a rabo. Habrá que tirar para casa, chicos.

—¡Chis! —exclama Charlie—. ¿Habéis oído eso?

—¿Qué?

—Ese ruido silbante.

Alfie suspira.

—En las cloacas no hay ruidos silbantes, Charlie. Ruidos de ratas y ranas, quizá, pero ruidos silbantes no hay, tronco.

—¡Mirad!

—¿Qué?

—¿No lo habéis visto? ¡Unos ojos amarillos! Han parpadeado y se han esfumado.

—Rabos rojos de rata y muslos verdes de rana, quizá —replica Alfie—. Pero ojos amarillos no hay, tron...

Lo interrumpe un atronador chasquido.

—Hum —dice Alfie acariciándose la barbilla—. ¿Eso han sido las mandíbulas de una serpiente?

—Sí. Y mamá nos ha pedido que le llevemos algo bonito de Oslo. ¿Qué os parecería una boa?

—¡Yupi! —exclama Betty sacando del maletero un pesado mamotreto de hierro.

Luego carga el mamotreto, que no es un mamotreto sino una metralleta, y dispara. La llamarada del cañón ilumina la cloaca al tiempo que las balas acribillan las paredes de las tuberías.

Los otros dos iluminan con sus linternas el lugar en el que Charlie ha visto los ojos amarillos. Pero lo único que ven es una rata temblorosa, de pie sobre las patas traseras y con la espalda pegada a la pared.

—Jolines —susurra Betty.

—Ya tenemos lo que hemos venido a buscar —dice Alfie poniéndose el bombín—. Recoged las cosas, que nos vamos.

Y mientras nosotros continuamos acompañando a la gota de lluvia por la tubería de la cloaca en su ruta hacia las depuradoras y el fiordo de Oslo, oímos que los tres hombres meten el equipo en la máquina y la arrancan.

Pero lo último que oímos es...

Exacto.

Un sssisseo de serpiente.

CAPÍTULO 2

EL SECRET GARDEN SE HACE CARGO DEL CASO

A las ocho en punto de la mañana, el director del Banco Nacional de Noruega hizo lo que solía hacer cada mañana al llegar al trabajo. Bajó las escaleras del sótano más profundo de Noruega. Pasó por delante de la fundición donde acuñan las monedas con la imagen del rey, pasó frente a la imprenta donde imprimen los billetes con imágenes de famosos noruegos muertos —la mayoría de ellos con bigote—, atravesó la sala de fumadores donde hacen anillos de humo y, al final, bajó hasta el lugar donde la gente tiene sus cajas de seguridad. Una vez allí, él y el subdirector tuvieron que abrir las tres puertas de acero antes de llegar por fin a la caja fuerte donde se guarda la totalidad de reservas de oro de Noruega.

—¡Abre! —ordenó como de costumbre el director del banco.

—La llave la tienes tú, Tor —contestó como de costumbre el subdirector y bostezó.

—Ah, sí, es verdad —dijo como de costumbre el director y abrió la puerta.

A continuación entraron en la caja fuerte.

Eran exactamente las ocho horas, cuatro minutos y trece segundos cuando se oyó un grito desgarrador en el sótano más profundo de Noruega. Y eran exactamente las ocho horas, cuatro minutos y quince segundos cuando el director del banco le susurró al subdirector:

—Ni una palabra de esto a nadie, ¿entendido? Que no cunda el pánico.

—Pero... ¡si el lunes próximo vienen a inspeccionar las reservas de oro! —fue la desesperada respuesta del subdirector—. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué va a ser de Noruega?

—Eso déjalo en mis manos —dijo el director Tor.

—¿Y qué vas a hacer?

El director Tor se lo pensó un momento.

—Dejar que cunda el pánico —respondió.

Y los dos se pusieron a chillar.

Eran las nueve de la mañana y el rey, como de costumbre, estaba tumbado en la cama viendo las noticias deportivas en la tele. El reportero se enderezó las gafas y dijo que corrían rumores de que el dueño del Chelchester City, Maximus Rublov, estaba intentando comprar al mismísimo Ibranáldovez, que era el mejor jugador de fútbol del mundo, además del más caro y más mimado. Y encima quería comprarlo antes de la final de la copa. Pero, como es obvio, no se lo podía permitir. Aunque Rublov era el hombre más rico del mundo, era más rico que Forrado Botín, Ricachona Koplowitz y Amancio Magnate juntos. Rublov era el propietario de Finlandia, de

Nueva Zelanda, de dieciocho fábricas de humo negro en las que trabajaban unos niños muy flacos, de veinticuatro políticos, del estadio del Chelchester, de cuatro licencias de taxi y de una bici robada con veinticuatro marchas. Pero daba igual porque todo el mundo sabía que nadie tenía bastante dinero para comprar a Ibranáldovez. Los últimos que lo ha-



bían intentado habían ofrecido mil novecientos millones de libras estrellinas, Tayikistán, tres portaaviones, un rascacielos recién fregado y dos avionetas seminuevas. Cuando les rechazaron la oferta, añadieron la República Dominicana, la calle del Ayuntamiento, tres sustanciosos cheques de viaje y la Tierra de la Reina Maud en la Antártida, sin ni siquiera pedirle permiso a la reina Maud. Pero obtuvieron un contundente «¡No!» por respuesta.

—Majestad —dijo el criado desde el umbral de la puerta—. Está aquí el director del Banco Nacional y...

—Hazlo pasar —respondió el rey sin apartar la vista de la pantalla.

El director del banco entró precipitadamente en la habitación:

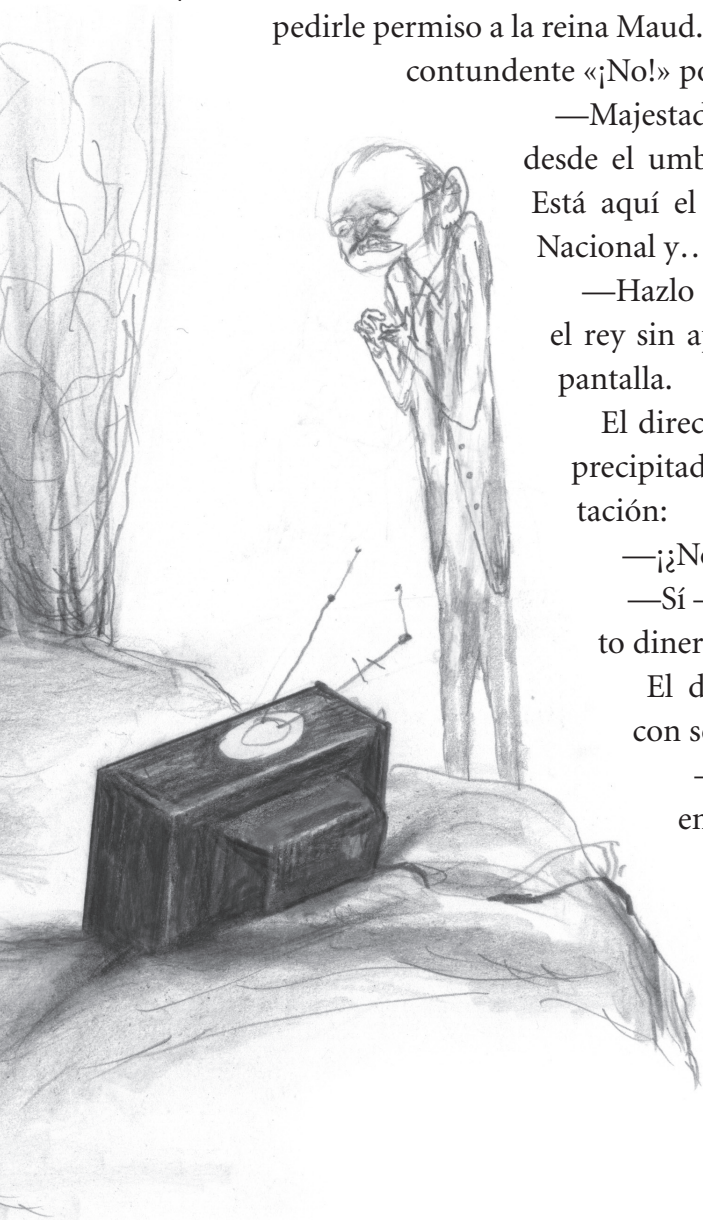
—¿No es espantoso?!

—Sí —dijo el rey—. Tanto dinero...

El director miró al rey con sorpresa.

—¿Así que ya te has enterado?

—Desde luego. Lo están diciendo por la tele. Y la verdad es que Rublov tampoco ne-



cesita comprar a Ibranáldovez para vencer al Rotten Ham. Al fin y al cabo, no es más que un equipo de fútbol pobre que juega en la escoria de la cuarta división.

—Que no, que yo te hablo del robo.

—¿Qué robo?

—¡Esta noche alguien nos ha robado las reservas de oro!

—¿Qué dices, Tor? ¿Que alguien nos ha robado...? Bueno, solo había un lingote de oro. ¿Tienes seguro contra robos?

—Sí, pero...

—Espero que la franquicia no sea demasiado alta...

—No, pero...

—Entonces me parece que deberías denunciarlo a la policía, en vez de venir a darme la lata a mí cuando estoy viendo las noticias deportivas.

—Que no, que no, que no podemos hacer eso. Cundiría el pánico.

—¿Qué tipo de pánico?

—El pánico económico.

El rey se llevó el dedo índice a la barbilla con actitud pensativa.

—Hum. Creo recordar que estaba resfriado el día que nos dieron economía en el colegio real.

—Ya —dijo el director del banco—. Pues resulta que es necesario que la gente crea que puede cambiar todo el dinero que imprimimos por el oro que se guarda en la caja fuerte del Banco Nacional. Como se enteren de que no hay oro, cundirá el pánico, intentarán cambiar su dinero y zas. De pronto la corona noruega no valdrá un céntimo y seremos pobres como ratas.

—Tampoco será para tanto. ¿Cómo de pobres?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que si acabáramos tan pobres como los suecos, la cosa se pondría bastante fea, pero que tampoco estaríamos hablando de acabar tan pobres como en Austria del Este.

—¿Austria del Este?

—Sí. Por lo visto a los de Austria del Oeste les va muy bien, pero dicen que en las partes más afectadas de Austria del Este hay familias que no pueden ni comprarse un segundo coche y mucho menos una casa de campo. Y hay gente que tiene que trabajar hasta ocho horas al día para poder pagarse las vacaciones en Tailandia.

—Me temo que estamos hablando de aún más pobres que eso, Majestad.

—¿Cómo? Dame una idea de cómo de pobres seríamos.

—Hum... Como el Rotten Ham...

—¡Dios Santo! —El rey echó a un lado el edredón, salió de la cama de un salto y metió los pies en sus zapatillas de armíño—. ¡Medidas inmediatas! ¡Convocad al ejército! ¡Subid los tipos de interés! ¡Toque de queda! ¡Qué podemos hacer?

—Podemos... eh... encontrar el lingote de oro. Tenemos hasta el lunes de la semana que viene. Ese día viene el Banco Mundial a hacer su inspección anual y, como no tengamos el lingote para entonces, la noticia saldrá a la luz y estaremos perdidos.

El rey enfiló hacia la puerta, la abrió y gritó:

—¡Vacunas contra la gripe porcina! ¡Cerrad los puertos de montaña! ¡Llamad a los servicios secretos!

—¿Tenemos servicios secretos? —preguntó con cautela el director del banco.

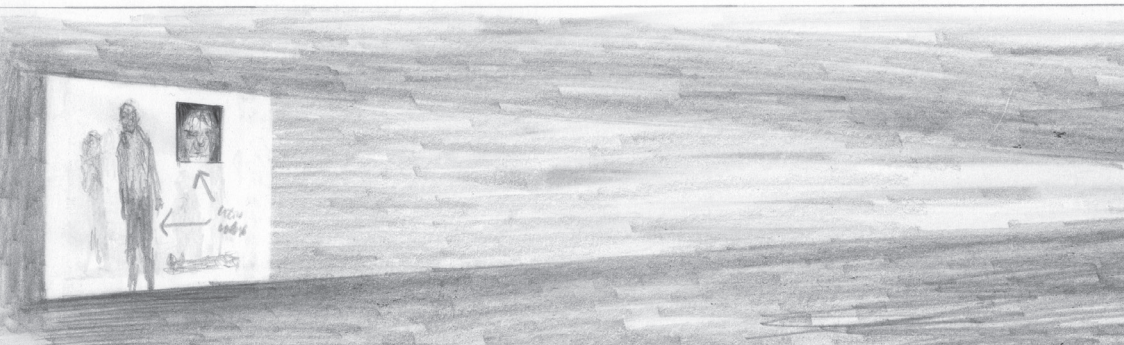
—Eso, lamentablemente, no te lo puedo contar, Tor —con-

testó el rey, luego se acercó a la ventana, echó un vistazo a Oslo y constató que la gente seguía andando por la calle como siempre y que nadie parecía saber nada todavía—. Pero si tenemos servicios secretos, pienso convocarlos a una reunión y tú estarás presente y les explicarás la situación. ¿Entendido? ¡Dios Santo! ¡Rotten Ham y Austria del Este!

A las once menos seis minutos había dos personas en posición de firmes en el despacho del rey. Los dos llevaban abrigos grises con el cuello siniestramente levantado y gafas de sol, lo cual les daba un aspecto muy secreto. Tan secreto que si los hubieras visto por la calle, probablemente te habrías dicho: seguro que a esos dos puedo pedirles un servicio secreto. En parte porque se les veían las rayas de los pantalones que asomaban por debajo de la gabardina. Pero sobre todo porque ambos llevaban los sombreros negros de la Guardia Real, con una borla hecha de plumas de avestruz. Y eso solo podía significar una cosa: que pertenecían a los servicios secretos de la Guardia Real.

—Podéis dejar la posición de firmes —dijo Tor, el director del banco—. El rey no vendrá hasta que acabe de desayunar.

Los dos personajes se relajaron inmediatamente y empezaron a tirarse de los bigotes.



—Supongo que venís de los servicios secretos de la Guardia Real —añadió el director del banco.

—¿Y eso por qué lo dices? —preguntó el que tenía los bigotes levantados, mirándolo con desconfianza.

—Por los sombreros de bob... uy, perdón, de borla.

—Creo que a este listillo habría que vigilarlo. ¿Tú qué piensas, Helge?

—Creo que tienes razón, Hallgeir —respondió el otro tirándose de los bigotes caídos—. Y, por añadidura añadida, ya no se llaman «Servicios Secretos de la Guardia Real». Se llaman Secret Garden. Perdón, me corrijo: si los servicios secretos existieran, se llamarían Secret Garden.

—Exacto —dijo bigotes levantados—. Pero es un secreto, así que no se lo digas a nadie. Y recuerda que nosotros no hemos dicho ni pío de que trabajemos en el Secret Garden. ¿Verdad que no, Helge?

—Ni pío en absoluto, Hallgeir. Porque esa es la primera regla del Secret Garden. No decimos ni pío de dónde trabajamos. Perdón, me corrijo: ellos no dicen ni pío de dónde trabajan. Pero eso también es un secreto, ¿entendido?

—Entendido, Helge.

—No te hablaba a ti, Hallgeir, le hablaba al civil.

—Entendido —respondió el director del banco—. ¿Ya os habéis enterado de lo que ha pasado?



—Eso es un secreto —dijo Helge—. Tanto lo que ha pasado como si lo sabemos o no.

En ese momento se abrió la puerta y entró el rey. Helge y Hallgeir se pusieron firmes.

—Buenos días, guardias.

—Buenos días, Majestad. Esperamos que el desayuno fuera de su gusto.

—Bah, huevos escalfados con lomo de faisán apaleado sobre tosta de pan integral. Pero al menos me he llenado, me he cepillado los dientes y estoy listo para reunirme con quienes puedan ayudarnos a recuperar el oro.

Bigotes levantados apagó la luz y bigotes caídos encendió el proyector de diapositivas. Sobre la pared apareció la foto de un hombre alto con una gran cicatriz en la cara.

—Para empezar tenemos a este hombre. Se llama Harry y por lo visto es un detective buenísimo. Por desgracia no se encuentra en el país en estos momentos.

—Dicen que está en Hong Kong fumando opio. Una mala costumbre, Majestad.

—En eso tienes toda la razón. También hemos pensado en esta señora...

La foto en la pared mostraba a una mujer morena y muy larguirucha, que llevaba un patín en un pie.

—Se llama Raspa y por lo visto puede viajar en el tiempo. Hemos pensado que si viajara al día antes del robo, podría trasladar el lingote a un sitio más seguro.

—Lo malo es que hace mucho que nadie la ve. Hay quien dice que ha desaparecido en el tiempo y el espacio, en algún momento en torno a la Revolución francesa.

—Y luego está este tipo...

La foto en la pared no era nítida. Mostraba un edificio alto con algo verde delante.

—La ha hecho un aficionado. Pero resulta que es la única foto que tenemos de un hombre que dicen que tiene superpoderes. Se transforma en una rana humana capaz de saltar diez metros en el aire y de sacar la lengua otros tantos metros, por lo menos. Hemos pensado que quizá podría recuperar el oro. Por desgracia no sabemos ni quién es ni dónde está.

—Pero, como es obvio, encontraremos a quien escoja Majestad.

Silencio.

—¿Su Majestad?

Se oyó un débil ronquido.

Bigotes caídos encendió la luz.

El rey se despertó y dio un respingo.

—¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¡No estaré en Austria, ¿verdad?! Por favor, Austria del Este no...

—¿A quién escoge para salvar Noruega, Majestad?

—¡Salvar Noruega, sí! —El rey alzó el dedo índice—. En este país, hay una sola persona que puede salvar Noruega.

—¿Solo una, Majestad?

El rey levantó otros dos dedos.

—O más bien tres. En realidad son tres. Y tenéis que encontrarlos hoy mismo.

—¿Y qué tienen de especial esas tres personas para que Majestad piense que pueden salvar Noruega?

—Pues que fueron ellos quienes salvaron al mundo de la gran invasión lunar.

—Eh... ¿De qué invasión habla?

—Vosotros no lo recordáis porque estabais tan hipnotizados como los demás noruegos. En fin, es una historia muy larga, pero sucedió, os lo aseguro. Yo estaba con ellos cuando salvaron el mundo.

—¿Quiénes son? ¿Superagentes secretos? ¿Superhéroes ultrapreparados? ¿La selección nacional noruega de curling?

El rey se levantó de la silla, se acercó a la ventana y se columpió sobre los talones mientras, por segunda vez, miraba la capital de su país. La gente seguía comportándose de un modo normal. Pero aquello no podía durar. No si se descubría que habían robado el oro. Y se descubriría a la semana siguiente, cuando el Banco Mundial hiciera su inspección. Austria del Este. ¡Qué horror!

—El doctor Víctor Proctor —dijo el rey—. Y Lise y Tapón.